Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXI | San José, Costa Rica **1930** Sábado 20 de Diciembre | Núm. 24

Año XII. No. 520

SUMARIO

Semblanza de Xenius

= De *Criterio*, Febrero, 1929. Buenos Aires =

La filosofía de lo arbitrario

1.—Hace diez años Xenius escribía: «No siempre hemos vivido en buena armonía mi Cataluña y yo». Llevaba entonces d'Ors otros diez años de hacer en *La Veu* su famoso *Glossari*. Creía entonces—creyó de pronto—haberse batido casi a diario con ella. Se preguntaba: «¿Habrá joven amor fecundo sin pelea y herida?» La verdad es que la juventud estaba sólo en él. ¡Cuán cierto es aquello que recuerda Josep Capdevila ahora, de Verdaguer... «sia per lo que sia, los noms passen i s'esborren un als altres com les onades de la mar!» Sólo que habría de preguntarse Capdevila por qué no ha pasado el de Verdaguer... Pues en aquellos diez años, d'Ors había sufrido los naturales roces entre los hombres. Roces privados, incomprensiones, pequeñas pasiones. No otros roces. En d'Ors había un joven amor por la patria pequeña y como era verdadero, emanaba de otro mayor hacia la patria grande. En aquellos dos lustros d'Ors no había sido discutido, no había sido negado, no había sido disminuído, porque no se había visto bien tal emanación. Capdevila ha enumerado los autores de las breves notas críticas, agrias, que la ideología d'orsiana se atrajo en aquel largo período de tiempo: Millet, Maragall, el P. Casanoves, Ruyra. En torno a esas cuatro contradicciones aisladas bullía el elogio exaltado, múltiple, repetido. Grande fué en esos diez años la influencia de Eugenio d'Ors en Cataluña. Escribía diariamente en su *Glossari* todas las consideraciones que la vida le sugería y sus glosas fueron seguidas, gustosamente, durante muchos años enteros por la multitud burguesa que tenía en *La Veu*, más que su voz, la fuente de su pensamiento. Aquella influencia se dejaba sentir, oficialmente, desde los cargos de d'Ors: la secretaría perpetua del Institut d'Estudis Universitaris Catalans, el Consejo de Pedagogía de la Diputación de Barcelona, la Dirección de Instrucción Pública de la Mancomunidad, la del seminario de Filosofía de la Universidad barcelonesa, la de la revista *Quaderns d'Estudi*, etc.

La situación política de España se turbó considerablemente hacia 1917. En los años anteriores y siguientes, el grave problema social de Cataluña siguió el ritmo de desorden de toda Europa y se complicó con el político. El patriotismo de Eugenio d'Ors se mostró en la ocasión de una evidente grandeza y, como reconoce Capdevila, «després d'un escándol de caient polític, es veié oblidat».

El olvido fue completo. Por 1920 o 1921, d'Ors abandonó el litoral, sus colaboraciones y sus cargos y se trasladó a Madrid. Desde entonces escribe casi únicamente en castellano. Continúa el *Glossari* con el título de *El Nuevo Glosario*, colabora regularmente en *A B C* y en muchas publicaciones de España y América; se traducen sus libros a diversos idiomas; pasea por Sud América, recorre Portugal y Francia, y, en los últimos años, viaja frecuentemente a París, con motivo de las muchas traducciones que de sus libros se hacen y entra a formar parte de la redacción del *Roseau d'Or* de *Les Nouvelles Littéraires*, etc.

En tanto, en Cataluña, menudean las críticas despreciativas y negativas. Precisamente hace pocos meses, Josep Ma. Capdevila realizó en *La Nova Revista*, de Barcelona, una revisión total del escritor y del filósofo, que puede considerarse la más enjundiosa y la más inoportuna, a la vez, pues fué escrita en un tiempo en que la ideología de Eugenio d'Ors se orientaba hacia un norte que la brújula de su pensamiento había señalado como un tanteo, entre las oscilaciones de la aguja insegura de siempre, imantada ahora, de pronto, hacia la Verdad y la Belleza que había ansiado siempre.

2.—Las ideas de d'Ors no justificaban el desorden y la debilidad, como Capdevila asegura, puesto que iban envueltas en una exaltación del orden, en un gran

Eugenio d'Ors

Mensaje de un buen europeo

que se acerca nuevamente a América

= De *Bolívar*, Madrid. Febrero de 1930. =

Por segunda vez emprendo, peregrino filósofo, la ruta de América. Siempre es para nosotros un momento solemne el de lanzarnos al gran mar. Esto no lo hacemos los europeos más que por una de las siguientes tres razones: por aventura, por oficio o por apostolado.

Desde luego, lo que me impulsa a mí a partir, parécese más a lo tercero que a lo primero. Mas yo quisiera, laico de mí, mantenerme, siquiera externamente, dentro de los límites de lo segundo. Si mi mensaje toma alguna vez, como ahora, aires de predicación, que esto sea compensadoramente, a beneficio, no de una revelación, sino de una sabiduría.

Predico por la sabiduría que combate contra la Confusión, la Complicación y la Agitación, monstruos de la vida que, aun siendo contemporáneos, hemos empezado algunos a considerar como anacrónica. Predico la sabiduría de la Sencillez. He aquí ahora, puestos en diez partes, a manera de los mandamientos, las principales reglas del arte de ser sencillo:

1.—El primer mandamiento de la Sencillez es el Diálogo. Cualquier silencio prolongado se vuelve orgulloso o bien estúpido; es decir, acaba por situarse por encima o por debajo del nivel de la sencillez. Yerra el estoico cuando, para llamarse sencillo, se envuelve en su manto de altanería. Como yerran el franciscano extremoso o el eslavo nihilista, al confundir simpleza con simplicidad... Pero el Diálogo mantiene siempre a flote nuestra conducta, con la continuada disciplina del contraste.

(Pasa a la página 379)

afán de justicia, de claridad, de armonía, en una incitación a la fortaleza y a la energía. Pero no se transustanciaban con lo que el autor quería. No llegaban a identificarse sus ideas constructivas y normativas, con los altos propósitos que le movían. No llegaban, en parte, a donde su elaborador deseaba. Si la falta de adecuación de los fines primordiales y del universo d'orsiano hubiera sido absoluta constituíria una verdadera tragedia en el ánimo de los lectores que simpatizaban con el glosador espiritualista. Pero no era así tampoco. De ahí la inoportunidad crítica de la revisión de hoy, cuando d'Ors encuentra en el catolicismo integral y no en los mariposeos antiguos del Arbitrari, los verdaderos caminos de su espíritu. Nada más injusto que pensar siquiera que aquella gran influencia del creador del novecentismo, en la juventud catalana, primero, en la juventud de lengua española después, fué nefasta o en modo alguno perjudicial. D'Ors fué uno de los hombres de significación europea que primero vieron claro en aquel tenebroso siglo XIX, siglo del vapor y de la materia. Eran hombres de ese siglo en parte y vivían en una atmósfera que hoy apenas concebimos, de enrarecido aire positivista y ametafísico; ya acostumbrados a respirar en él, sin embargo, sintieron necesidad de las alturas puras y de los vientos de las mesetas. Aires, deportes: la filosofía del hombre que trabaja y que juega. ¿Por qué no? No es mala esa filosofía, sino que es insuficiente. Además, no se la ha comprendido bien. Hay mucho más en ella que una afirmación frívola del mundo contemporáneo. Hay una afirmación espiritualista que por sí sola, significaba la casi liberación de los grillos materialistas que empezaban a ser limados. Pero, en d'Ors, no había un afán exigente de especificar la Verdad; de apartarla del error. Su filosofía y su estética arrastraban el oro junto con su ganga. El crisol: he ahí lo que no existía en la filosofía del trabajador Arbitrari. ¡Y qué juego, más entretenido y saludable, el poner al fuego intensificado del crisol de la Verdad los trozos rodados de oro que poseía! Algo, sin embargo, hubo en él que le iba purificando de influencias. No indica poco el camino: Nietzsche-Williams James. El pragmatismo ha sido la base más duradera de su filosofar. Era su deber superarla y sustituirla. Lo ha hecho. El camino Nietzsche-James vino a parar en una terminal que pasando por el arrabal parisino de Meudon concluía en casa de Maritain.

La influencias literarias: Stendhal en el ideal de su novelística, Barrés, en la forma, no necesitan los aspavientos de una condenación falsa.

3.—Fuera de Cataluña la posición política de d'Ors no puede extrañar: *Imperialisme*, decía Caselles en su prólogo al *Glossari* de 1916. Imprudencia suma fué esta clarividencia crítica del amigo y causa de la alarma posterior. Y bien: Imperialismo. ¿Qué significaba esta palabra mayor en d'Ors? ¿Imperialismo de la lengua? D'Ors tenía demasiado que decir para limitarse a un idioma hablado por muy pocos hombres. ¿Fascismo? ¿En 1915? En realidad sólo deseaba, políticamente, gobiernos fuertes, duraderos, libres de los vicios exagerados de la democracia europea, y en lo que respecta a su patria, gozaba imaginar una España rica y poderosa, justa y culta, como quería eso mismo para su Cataluña. No olvidemos la influencia y las lecciones de la guerra, la agonía parlamentaria en las penínsulas mediterráneas, el avance del bolsheviquismo, el auge de la anarquía y del socialismo de avanzadas.

RETRATO DEL PROFESOR

En la página 23 de *Cuando ya esté tranquilo*, por Eugenio d'Ors, RENACIMIENTO, Madrid, nos hallamos esta glosa:

No está escrito ahora. Es de cuando la entrada del matemático Joseph Bertrand en la Academia Francesa, donde fué recibido por Louis Pasteur.

«Calienta, iluminado. Ingenioso intérprete de los hechos, se adelanta frecuentemente al porvenir. Encanta a los espíritus curiosos. Pasma a los doctos. Siembra ideas. Das a la luz amplios cauces y arrastra a la admiración».

Bertrand añade:

«Tales profesores son raros. Uno se pregunta para qué sirven los otros».

(Uno puede ser el propio estudiante. Y el peligro de la pregunta es doble, entonces.)

4.—La teoría estética de d'Ors, la Arbitrariedad, nace de su filosofía. El hombre es, ante todo, libre. Su libertad se ejerce constantemente en una acción desarrollada contra el mundo externo a él, al que se impone. En el hombre integral, que trabaja y que juega, este esfuerzo del hombre contra el mundo es irreductible. «La premisa inevitable en la acción, en el ejercicio del hombre que trabaja y que juega, es que él constituye para sí mismo una causalidad original interviniendo en orden del mundo dado; o en términos más usuales, una libertad en lucha con la fatalidad» (*Religio et Libertas*, capítulo III). El hombre impone al mundo unas leyes que se ha forjado en su libertad. Se hace evidente una dualidad y una enemistad entre el espíritu y la naturaleza. El artista creador, como todo hombre, es una potencia interna que lucha contra una resistencia externa. No en la naturaleza, sino en el Arte del artista ideal que hubiera domeñado más lo natural, ve d'Ors la belleza ideal y ve el artista supremo en el más arbitrario, en el que pusiera la acción, su parte de juego, de juego del espíritu, en domeñar la naturaleza, imponiendo a la exterior, materia de su arte, las leyes forjadas a su albedrío, esto es, su concepto personal y subjetivo del mundo y del arte.

5.—La voluntad libre del hombre explicaba, pues, en d'Ors, en último término, su metafísica, su estética y ética, que consistía en un equilibrio de la voluntad y del mundo exterior; la ética arbitraria era lo más débil y lo menos claro del pensamiento de *Xenius*. Veríamos desarrollándola, cómo renacía en ella la moral de los señores y de los esclavos. Como toda axiología de base pragmatista, concedía los valores supremos al vencedor. Era la moral cínica del éxito. Creemos, sin embargo, que d'Ors no llegaba a las últimas conclusiones. El mundo externo comprendía el hombre, lo que en el hombre no es el *yo*. El hecho de conciencia irreductible es únicamente el *yo*, que lucha contra el cuerpo y los deseos del hombre. Aún así, es poco clara la ética del Arbitrari. El *yo*, según la doctrina del Glosador, debía luchar contra todos los deseos: ascetismo imposible y absurdo.

6.—Veamos, ahora, su concepto de la religión. Lo irreductible del espíritu es su libertad: su *yo* es libertad; esta libertad no es materia del conocimiento: es materia de fe. La libertad es un imperativo de fe, «más fuerte que la *tolerancia* de los intelectuales y que el *amor* de los sentimentales.» El hecho de la Religión se identifica con el hecho de la libertad interna, irreductible, incognoscible. Este es el resumen de su famosa ponencia *Religio et Libertas*, leída en el III Congreso Internacional de Filosofía de Heidelberg, de 1908, que de tan diversa manera ha sido entendida. Nosotros la juzgamos con simpatía; pues a pesar del carácter simplista de la misma, deja en salvo importantes verdades y establece una justa delimitación en las relaciones de la religión y la ciencia. La ciencia—afirma d'Ors—es un sistema representativo de la fatalidad; la religión abandona todo lo que son fenómenos sentimentales [1], y se reserva, únicamente, su propio reducto de libertad. El concepto d'orsiano de religión era limitado e insuficiente, pues no establecía claramente las relaciones entre Dios, como causa primera, providente y fin último de la existencia, y la libertad y las otras facultades humanas; ni la necesidad intelectual, moral y social de la misma. El concepto subjetivo de la Religión es hoy, en el filósofo, más completo: el de la virtud de la religión, que define Santo Tomás: «La virtud moral que da a Dios el culto debido», para lo cual, claro está, se supone explícita la libertad. Es que ahora realmente es verdad para d'Ors aquella frase que dijo en Córdoba, con significación simplemente simbólica: «Pensar filosóficamente consiste en dialogar con el Angel de la Guarda».

Las glosas de Cataluña

El periodista elabora la información del día. La marcha concatenada de los sucesos le favorece en facilidad. El archivo de su periódico colma las sorpresas que no sean verdaderamente imprevistas. ¡Es tan difícil que lo imprevisto nazca de súbito y que posea ya importancia como para correr en telegramas! Los acontecimientos generalmente se gestan con lentitud y la perspicacia de los corresponsales los va fijando en sus correspondencias. El periodista hace el suelto, el editorial y lo que hace pasa, por muy buen periodista que sea, en tanto sólo sea tal. Sin embargo, el periodista no compone, en el fondo, más que glosas, la obra más firme de este supremo perio-

(1) *Religio et Libertas*, traducción italiana, capítulo VIII.

dista que es d'Ors. Su obra maestra, que es la obra maestra del catalán contemporáneo, no es sino un fragmento admirable del *Glossari*. Glosas de la luminosidad mediterránea de Cataluña, el dulcísimo nombre de la Bien Plantada, son las de Teresa la bien medida.

Hay una gran diferencia entre ambos glosadores y es que el periodista se limita a glosar la información y d'Ors ha glosado la vida aún a través de la información y a pesar de ella. Los lectores del *Glossari* verían, quizá, solamente, a un periodista entretenido que les hacía ver en las cosas comunes del vivir cotidiano y aún en las más extraordinarias, aspectos muy sugestivos y profundos. Quizá el mayor elogio que se puede hacer al arte insuperable de la dialéctica d'orsiana es que parece periodística, sin dificultades de exposición, como un relato interesante. La verdad es que muchos espíritus sencillos verían que era casi tan interesante una glosa de d'Ors sobre el segundo principio de la termodinámica, el principio de Carnot-Clausius, como el espeluznante crimen de la columna de al lado.

Algunos meses después, el lector sencillo leería primero una glosa sobre el concepto de la conación antes que el espantoso infanticidio de la víspera. La conación cultural la realizaba d'Ors. Apuntaba ya, había un conato, en el burgués barcelonés que leía su glosa en el tranvía, de profundizar su vida leyendo los libros prodigiosamente interesantes de que hablaba Xenius. Buena es la cultura, aunque no sea integral, digan lo que digan los extremistas sueltos por ahí. En 1913, 1914, en 1915, se leía en Barcelona en la misma proporción limitada que en el resto de España. Se sabe como se lee hoy en la Cataluña contemporánea. Admirable es el espíritu cultural del Principado. Cultural no quiere decir más que lo que alcanza la palabra; no menos tampoco. ¡Qué calidad posee la producción intelectual indígena de Cataluña! Y se está al día en lo extranjero con una anticipación desconocida en cualquier otra parte ibérica. Las ediciones son grandes en número de ejemplares; de buen gusto y perfección tipográfica, que complace. El renacimiento clásico de la cultura, en su más alto sentido esta vez, está a la vista de quien siga ese movimiento tan activo de las artes y del pensamiento. Las ediciones populares, completas, numerosas, de griegos y latinos, se agotan con frecuencia. La expresión de ese pensamiento es medido, es justo, es claro. Se piensa con claridad en Cataluña. La cortesía preside las diferencias y polémicas. Se piensa con amplitud, pero sin cortapisas fuera de las políticas. Hay amor y comprensión para zanjar las diferencias.

Tal es el espléndido cuadro de la actualidad espiritual catalana. Es en mucha parte obra del glosador que instruyó y educó a la gran masa de sus lectores mientras realizaba desde los puestos directivos de la instrucción pública de su nación una siembra fecunda. Una revista barcelonesa, juzgando negativamente la ideología d'orsiana, dice: «Cataluña ha caminado mucho desde entonces acá; nuestra filosofía siente hoy la pasión de lo Absoluto y la locura santa del trabajo tenaz.» Cierto, pero ¿cuánto no se debe al mismo filósofo que hoy ha hecho el mismo camino después de todo y lo ha hecho dar tan grande a todo el país?

El viento en Castilla

Y Xenius no era, tampoco, un popularizador vulgar. Era un artista y un filósofo. Su estirpe intelectual y la aristocracia de su pensamiento y su arte están evidentes en toda su obra. Por otra parte, ella y el cuadro optimista a que hemos hecho referencia, no incinde las masas, sino a una extensa minoría, de volumen relativamente grande, pero siempre una minoría. Las admirables y copiosas ediciones clásicas populares en catalán de la Fundación Bernat Metage, no son tan vastas que ello significase que las lee el vulgo, sino un vulgo instruído y educado artísticamente, relativamente reducido y relativamente vulgo. Es en semejante minoría ilustrada donde d'Ors tuvo influencia; no en el pueblo catalán.

El viento en Castilla no ha sido tan poderoso. Sin embargo, d'Ors encontró una acogida benévola en los medios literarios de Madrid. El ambiente que lo recibía en su seno era profundamente diferente en su significación espiritual. Por desgracia y obra de los desaciertos políticos, de ñoñez, de mogigatería, por falta de esa verdadera libertad que da al hombre religioso un espíritu amplio que le permite comprender sin aspavientos hipócritas, la intelectualidad contemporánea española es medularmente liberal y sólo hoy consuela hallar, por formación nueva o por conversión religiosa, en el catolicismo intelectual de España, un verdadero grupo de selección que tiene libertad para juzgar sin restricciones absurdas, condenando lo malo y simpatizando con lo inteligente y bueno. Ha favorecido esto la formación selectísima del alto clero español de que es un ejemplo clarísimo la singular figura de Monseñor Juan Zaragüeta, nuestro eminente colaborador. Sin embargo, hay demasiado que hacer y ese ambiente conserva sus grandes líneas de liberalismo y de areligión, emponzoñadas aún más por las diversas corrientes de filosofía germánica que envenenan sus aguas. En este cuadro pueden agruparse

...as mayores figuras de la inteligencia española de fama universal. Sea porque la de Eugenio d'Ors, que reinaba en Cataluña, era simplemente una más en el concierto de los hombres de significación internacional, o por la atmósfera de hostilidad evidente que rodea en Madrid al escritor católico, puesta de manifiesto, sobre todo, en el caso ejemplar de don Ramiro de Maeztu, d'Ors no ha tenido en Castilla el puesto que su talento y su arte le deparaban. Tuvo desde el principio un público fiel y sencillo, no sólo en *A B C*, que éste era no menos burgués que el de *La Veu de Catalunya* y mucho más escéptico e indiferente, sino para sus libros, donde acogía las glosas publicadas en el diario conservador y que eran leídos por gente de otra opinión política. Pero esto no basta a un escritor dinámico, con alma y voluntad de maestro y de organizador. D'Ors ha sido negado en los últimos años como pensador original y potente, pero todos los críticos que han procurado colocarle en una dorada mediocridad de ingenio, son recusables por parciales de ese liberalismo esterilizador del siglo.

El verdadero filósofo y el artista

D'Ors encontró su fe, y el afán de construirse un universo filosófico original le llevó por los dudosos caminos de su arbitrarismo. Enderezables eran éstos o, torcidos, llevaban a la ancha vía del catolicismo. De cualquier manera fue d'Ors, siempre, un hombre religioso y no obtuvo de su doctrina particular las conclusiones amorales que se hubieran podido extremar. Su estética es aceptable y, al fin de cuentas, exacta, pues el artista verdadero debe domeñar a la naturaleza y poner en ella los dones divinos que le fueron concedidos. El artista naturista—ya repugna la unión de estos términos—es un absurdo evidente. Con un punto de partida diverso, estamos en la propia estética de Baudelaire, de Mallarmé, de Cocteau, o si queremos buscar un precedente clásico español, en la de Baltasar Gracián.

El gran glosador aplicaba, en sus finos comentarios de la vida europea, cuando no se acordaba de su arbitrarismo *á outrance*, la sana sophia del sentido común, apoyada en el basamento de su sana cultura integral. Como hombre religioso casi todo lo que repugnó estaba enfermo. Así, en las cosas del pensamiento, el predominio de la Anécdota sobre la Categoría, que impide ver la esencia y realidad de las cosas para edificar absurdos sobre los accidentes y las apariencias. Así, en este amador entusiasta de la cultura general, los excesos del especialismo cegador o la falta de sustancia del autodidáctismo en avance. «¡Bienaventurado quien ha conocido maestro!» ha exclamado una vez. Así, en el campo de la enseñanza misma, las tendencias imbéciles de la pedagogía contemporánea, hija del estúpido normalismo del siglo XIX. «En ella parecen acumularse, como en un cauce, todos los detritus de la actividad intelectual.»

Su influencia positiva es importante, pues propugnó el orden, la claridad, el interés, en la expresión literaria, en un momento en que la claridad natural del pensamiento español se había turbado por consecuencia del exceso de traducciones y de filosofía krausista. Las severas y repetidas lecciones de la dialéctica d'orsiana—como el notable curso de introducción a la doctrina de la inteligencia que dictó en Córdoba en 1921—debieron ser a principios del siglo, especialmente, de gran fruto.

D'Ors es uno de los mayores escritores castellanos del presente y el máximo estilista de Cataluña. Nada hay tan hermoso, musical y profundo como el lenguaje diáfano de *La Ben Plantada*. La Bien Plantada es la encarnación de la Cataluña ideal en la mujer ideal. «Tu has d'esser exemple de calma y no te tornarés infidel al sentit de la proporció», El estilo d'orsiano personifica las claras virtudes de la dulce Teresa, «a la vez un nombre modesto y muy fino». También en la Adelaisa del conde Arnaldo vivía la Raza. «Imagino no obstante, que Adelaisa era tacto y color y la Bien Plantada ya es medida» D'Ors abomina del impresionismo y del romanticismo. Esa necesidad de oponer a la Adelaisa que se llamó así «sólo porque vivía en unos tiempos muy románticos, históricos y ornamentales» el nombre y carácter de la Bien Plantada tiene una prueba contraria en la sorpresa que le produce leer en el *Dietary* de un escritor de Vich, Francisco Rierola, la expresión «que dan rabia» referida a las formas amables de una pintura académica. Desde entonces lucha con el dinamismo apasionado del ibero fiero a quien sientan, «como un insulto, algunos aspectos de la belleza sencilla». D'Ors es, como afirma Azorín, un temperamento clásico, pristinamente clásico.

La elegancia, la discreción, la gracia, una gracia severa, que no excluye la ironía leve, presiden todos los trabajos de d'Ors, de gran fuerza sugestiva, como el arte y técnica de la pausada acción de la *Oceanografía del Tedio*, donde la agilidad dormida de su pluma nos ofrece envuelta con lana un análisis penetrante de la actividad intelectual en el elegido, cuya ley de reposo es el fervor inacabable; o en los volúmenes del *Nuevo Glosario*, principalmente en los *Diálogos de la Pasión Meditabunda* o en las admirables conversaciones de la Residencia sobre la *Grandeza y servidumbre de la Inteligencia*, en la serenidad *de la Amistad y del Diálogo*—la vida personal de d'Ors—de *Aprendizaje y Heroísmo*, de *Flos Sophorum*, de las andanzas críticas de *Mi Salón de Otoño*, *Tres horas en el Museo del Prado*, *Goya*...

Tomás de Lara

Un amor ignorado de Bolívar en el Ecuador

= Envío del autor =

En el libro de Fernando González hay una observación, sutil como todas las suyas, que corrobora algo muy repetido sobre el donjuanismo de Bolívar. «Se ha dicho que amaba a las mujeres, y no es cierto—dice F. G. Ellas se entregaban al Libertador y él las poseía. Pero ni ellas, ni él ponían corazón en eso. No tenía tiempo, ni en su alma había espacio, para querer mujeres, amigos o parientes. ¡Esto es claro! Era un nervioso sensual. A un hombre como él, se le teme y se le admira, pero no se le *ama*. Nos juntamos por amor con nuestros iguales, que coinciden en nuestros deseos, debilidades y pasiones. ¿Bolívar, enamorado de una mujer? Es inverosimil, imposible psíquico. Las deseaba carnalmente».

El donjuanismo es la ausencia de amor. Por eso he dicho que la observación de F. G. corrobora la leyenda de la aridez del corazón de Bolívar. Creo que no es sino una leyenda. Bolívar amaba a las mujeres, no sólo carnal, sino también espiritualmente. El amor perfecto se hace de carne y espíritu. Era un sensitivo, un hombre todo corazón. Lo de su crueldad, es una calumnia. El decreto de guerra a muerte se explica psicológicamente sin llegar a la crueldad. Podría pensarse que lo dictó por venganza. Pero nó, lo dictó por rabia; tres años después se arrepintió de él, y lo derogó. La muerte de Piar fué una necesidad. Bolívar lloró esa muerte. Era generoso hasta la tontería.

Respecto al amor, pocos lo sintieron como él. Si se ha llegado a afirmar, como lo hace Fernando González, que Bolívar era incapaz de amar, es porque tenemos, para juzgarle, el criterio del amor llorón y humilde de estos tiempos. El amor débil. Bolívar no sentía ese amor; no se entregaba totalmente a ninguna mujer. Pero sí tuvo amores recónditos, idilios sentimentales que refrescaron su corazón encendido por las pasiones de la política.

Hay un caso concreto en que amó tiernamente a una mujer, sin poseerla. Quizá por esto mismo fué el más puro de sus amores. Es un idilio sentimental, no referido todavía por los historiadores, aunque existan elementos para adivinarlo. Bolívar para esa mujer no fué el amante, no fué, como para tántas, «el querido». Fué, por muchos años, el enamorado. Debió existir entre ellos una valla moral que impidió la conjunción física; sólo así se explica que, en seis años, el amor de ella siguiera calentándole como un suave rescoldo.

Pero, ¿quién era ella? Era Carmencita Garaycoa, guayaquileña. Bolívar la llamó, primero que a ninguna de las otras, «la amable Loca» y también «la Gloriosa». Que la amó tiernamente, que en medio de sus luchas le dedicó más de un dulce recuerdo de amor, nos lo dicen sus cartas en que tímidamente se esboza una pasión. Pasión recóndita que ha podido pasar como una de esas dulces amistades que tiemblan de que se les llame amores, pero que tienen conciencia de que lo son. ¿Quién no ha sentido una tierna amistad de éstas?

Siete son las cartas en que Bolívar nos deja adivinar ese ensueño. Quien leyera una de esas cartas sin saber que es de Bolívar, pensaría que la escribió un enamorado de veinte años. De esas siete cartas, las primeras son fervorosas, tiernas; la ausencia va poco a poco borrando esa ilusión y la última es ya una carta de amigo, pero de amigo apasionado.

¿Quién era Carmencita Garaycoa? Tenemos pocas noticias de ella. Presentimos vagamente que fué cuñada del coronel Francisco Calderón, cubano de origen, natural de Cuenca, que murió fusilado por Sámano—el infame Sámano que mató a nuestra Pola—después del combate de San Antonio, en 1812, en el Ecuador. El coronel Calderón contrajo matrimonio en Guayaquil con doña Manuela Garaycoa; hijo de ese matrimonio de patriotas fué Abdón Calderón, el héroe de Pichincha. Recuérdese que en el decreto de honores dictado por Bolívar después de Pichincha, decreto en que dignificó a Calderón ascendiéndolo a capitán después de muerto, ordena el Libertador que a su madre, la señora Manuela Garaycoa, se le pase el sueldo de su hijo por toda la vida.

Bolívar conoció a Carmencita Garaycoa en Julio de 1822 cuando llegó a Guayaquil, poco antes de su entrevista con San Martín. Al retirarse Bolívar a Cuenca, poco después de esa entrevista, quizá por motivos de salud, escribe la primera carta de este idilio. Es curioso observar que nunca, con sólo una excepción, se dirige personalmente a Carmencita; lo hace casi siempre a la hermana mayor, la viuda de Calderón. Esa primera carta es de fecha 14 de setiembre de 1822, y dice de este modo:

Mis amabilísimas damas:

La Gloriosa me ha proporcionado la dicha de ser saludado por ustedes. Yo no esperaba una satisfacción tan agradable para mi corazón porque no las creía a ustedes tan buenas con un ingrato como yo, que no escribe a nadie por indolente y también por ocupado. A la Gloriosa, que las serranas me han gustado mucho, aunque todavía no las he visto; que no les tenga envidia, como decía, porque no tiene causas con unas personas tan modestas que se esconden a la presencia del primer militar. La iglesia se ha apoderado de mi vida en su oratorio; las monjas me mandan la comida, los canónigos me dan de refrescar. El *Tedeum* es mi canto y la oración mental mi sueño, meditando en las bellezas de la Providencia dotadas a Guayaquil y en la modestia de las serranas que no quieren ver a nadie por miedo del pecado. En fin, ami-

Fragmentos del notable libro Mi Simón Bolívar, Vol. 1 (Lucas Ochoa). Por Fernando González. Manizales. Colombia. Dedicado al Mayor Santander y al General Páez

(y 3.—Véanse las dos entregas anteriores.)

Pero dentro del ritmo general y aparente, el más visible, señores, hay otro, *el diario*. Su ritmo general consistió en lo que habéis oído: Formar hombres, de esclavos libertos; el lote de tierra de su experiencia mide unos seis millones de kilómetros cuadrados. Consistió en concebir la unidad de la tierra, teniendo por capital a Panamá. Su ritmo más personal era rapidísimo. Por ejemplo: tenía que dormir en algo que se balanceara, hamacas; se paseaba silbando, cantando, mientras dictaba proclamas, constituciones etc. No se podía bañar en aguas quietas; no podía escuchar; le era imposible tener el sentimiento de *obra terminada*.

Mi instrumento psíquico hace posible la clasificación en la historia. Espero que alguno de mis colegas lo aplique a una obra histórica determinada. Coged, por ejemplo, al General Santander. ¿Qué son los veinte volúmenes de su archivo? Bolívar protegió a este hijo de seminario, porque tenía la conciencia del dinero; era un recaudador. Después de la batalla de Boyacá, cuando Bolívar estaba ocupado en crear la amistad con el español, deja a Santander administrando la Nueva Granada. Apenas se ausenta el Libertador, Santander asesina al General Barreyro y a sus treinta y ocho compañeros, prisioneros en la batalla de Boyacá, y le escribe esta carta al Libertador:

«Al fin fué preciso salir de Barreyro y sus treinta y ocho compañeros. Las chispas me tenían loco. El pueblo estaba resfriado y yo no esperaba nada, nada favorable de mantenerlos arrestados. El expediente *está bien cubierto;* pero como ni usted (por desgracia de la América) es eterno, ni yo puedo ser siempre gobernante, es menester que su contestación *me cubra* para todo tiempo. De ella protesto no hacer uso sino cuando esté remoto e inesperado caso pueda llegar. La gloria de usted, su reputación, su honor, me interesan más de lo que usted lo imagina.» (Subraya Lucas).

«El expediente está bien cubierto. Envíeme una contestación que me cubra para todo tiempo»: ¡ECCE HOMO! Todo el archivo de Santander se compone de boletas, cartas, recibos..., conseguidos para *cubrirse.*

El General Santander, la envidia hecha método, tenía conciencia orgánica, del dinero. ¡Cuán parecido a todos los abogados de la Nueva Granada!

Durante la hemorroides es cuando más se desarrolla el sentimiento del organismo, cuando se percibe la íntima solidaridad de los órganos: se parpadea, se suspira, se tose..., y el hombre se da cuenta de que su espíritu también está en el recto.

Así era el General Santander. Da la impresión nítida de que tenía algo doloroso en el alma.

Murió así: se estiró con un gran esfuerzo; abrió los ojos desmesuradamente y se relajó después. Fué como si botara algo, como el esfuerzo de la mujer al arrojar el feto del útero. Porque su espíritu estaba encarnado, no estaba maduro

(*Pasa a la página 375*).

..., mi vida es toda espiritual, y cuando ...tedes me vuelvan a ver yo estaré angelicado.

No hay más tiempo, pero soy el más humilde q. b. l. p. de las damas Garaycoas, Llagunos y Calderones, *Bolívar*».

Lo más interesante de esta carta, para nuestro propósito, es una nota que trae al pie, de puño y letra de Bolívar, que dice: *A la Gloriosa, que soy el más ingrato de sus enamorados.*

Viene un silencio de un año que posiblemente no existió entre ellos, aunque lo revela la ausencia de cartas en ese período. Bolívar se ha trasladado a Babahoyo, parece que a una hacienda de las mismas Garaycoas, según se trasluce del texto de la carta. La dirige a la señora de Calderón, aunque toda ella parece encaminada a encantar el corazón de Carmencita, de la Gloriosa, de la Amable Loca. Esta carta es de las más bellas que conocemos de Bolívar, por su estilo correcto, delicado y gentil. Parece un trozo de un Cervantes caballero. Aquí se transparenta la finura del alma de Bolívar para hablar a las mujeres. Con razón, pocas resistieron su influjo de enamorado. La carta es del 16 de junio de 1823, es decir, poco antes de partir para el Perú. Daré el texto íntegro, porque nada de ella debe suprimirse:

«Muy señora mía:

Cada día es usted mejor; ayer tuve la complacencia de recibir la fineza que usted se sirvió mandarme de dulces hechos por esas manos virtuosas. Tanta bondad merece un agradecimiento tan fino como es delicado el obsequio. Estoy lleno de satisfacción por el recuerdo que hacen de mí esas amables señoras; más no me ganan en memoria; siempre estoy pensando en mis bellas amigas. Ellas solas faltan a mi corazón para encantar las amenas riberas del Garzal; aquel sitio delicioso me hace experimentar sensaciones muy vivas. Todo me dice: si aquí estuvieran las Garaycoas, otro sería el hechizo de la naturaleza; todo me dice: aquí estuvieron, aquí jugaron, aquí cantaron; este aire resonó con la dulce voz de Carmen; este suelo ha recibido las huellas de Barbarita; aquel prado sirvió de alfombra al baile de mis amigas; estas aguas han retozado con las manos y los labios de las *Gracias;* más allá está un placer en que ha triscado la amable *Loca*; más acá un bosque umbrío en que reina la tristeza que ha exhalado una viuda tierna y constante; este collado ha dado flores a las más bonitas inocentes; esta casa es el templo de la virtud, el asilo de una madre venerable. Estas ilusiones, señora, me arrebatan y me intristecen.

Mientras tanto, debe usted perdonar la pintura de mis invenciones. Me tomo la libertad de ponerme a los pies de esas señoras. Al señor vicario ofrezco mis afectuosos respetos, y a la Gloriosa que está en mi corazón.

Reciba usted, señora, la consideración con que soy de usted su afectuoso servidor, Q. B. S. P., *Bolívar*».

Luego vino la ausencia que aviva el amor; Bolívar siguió al Perú y llegó a

Lima el 1.º de setiembre de 1823. Las urgencias de la campaña lo llevan a Trujillo y de allí escribe a las Garaycoas, el 29 de Marzo de 1824, ya restablecido de sus males de Pativilca. Es una carta de cumplimiento solamente para agradecer una participación de matrimonio.

Desde Lima les escribe de nuevo el 1.º de junio de 1826, en plena efervescencia de gloria. No obstante, aun no olvida a Carmencita, para quien hay en esa carta este recuerdo gentil: *A mi gloriosa Carmencita, mil recuerdos tan agradables como ella.*

En nueva carta, desde Bogotá, el 16 de noviembre de 1827, dice para la Amable Loca: *¡Loor eterno a mi Gloria!* De esta misma ciudad escribe de nuevo a las Garaycoas, el 6 de diciembre de 1827 (la fecha no es exacta, Bolívar estaba en viaje a Venezuela), y dirigiéndose especialmente a la viuda, le dice:

«Mi amiga:

Usted siempre se excede a sí misma en bondades para conmigo y me prodiga elogios que ellos solos bastan para saciar la codicia del más ambicioso de gloria; y ¿qué otra cosa podría yo esperar de las Garaycoas, de esas amigas fieles, de esas colombianas constantes, de esa Gloriosa sin rival? Yo les doy las gracias a todas, y séame también permitido congratularme a mí mismo, ya que de algún modo he podido restituir la paz y la tranquilidad al corazón de los guayaquileños; un sacrificio me ha costado, el de mi reposo, pero ¿qué importa que padezca yo para que ustedes gocen?; que yo perezca para que viva un pueblo.

Tenga usted, señora, la bondad de corresponder a las expresiones de toda su buena y amable familia. Dígale mil cosas a Pepe, ese Pepe tan bueno, tan patriota, y de quien esperaba yo nada menos de lo que ha hecho por su país, y créame como he sido siempre, Su más afectísimo amigo de corazón. *Bolívar.*»

La última carta que conocemos es de Quito, el 16 de Noviembre de 1829. Bolívar había vuelto al Ecuador con motivo de la guerra peruano-colombiana a que dió término Sucre en el Tarqui. Es una carta gentil, en que reafirma, después de siete años de haberla conocido, el amor recóndito que ha guardado a la «sin rival» Carmencita. Casi toda la carta es para ella y a ella está dirigida por excepción. Dice:

«Mis damas y señoras, Gloriosita etc.

Con suma satisfacción he recibido la muy apreciable de ustedes. No puedo negar que ustedes me harán ir al cabo del mundo sólo por tener el gusto de rendirles mis cordiales agradecimientos. Son ustedes tan buenas conmigo que no es posible más!!! La Gloriosa tiene razón de quererme porque yo la amo de amor y gratitud. Mi señora doña Manuela con más precio y la misma amistad tiene derecho a toda mi consideración y respeto—que no se ofenda la primera—. A la señora madre y niñas que no tengan cuidado por los godos, y que soy a sus pies el que más la adora y respeta. Se entiende a Carmelita y las hermanitas con las adoradas. Soy con toda consideración y afectuoso rendimiento. *Bolívar.*»

Se advierten muchas frases incomprensibles, porque ha sido imposible traducir exactamente los autógrafos, bastante complicados. Es curioso también que en el archivo de Bolívar, conservado casi íntegramente por Oleary en sus memorias, no haya una sola de las cartas de las Garaycoas para el Libertador, y sí las de éste para ellas, que he trascrito. Lo mismo pasa con las cartas de Manolita Sáenz para Bolívar. ¿Por qué? Bolívar era el tipo del perfecto caballero, del amante discreto. De allí que de sus amadas—con excepción de Fanny—no existan cartas en su archivo; debía él romperlas después de leídas, para evitarles a ellas los peligros de una indiscreción.

La correspondencia con Carmencita Garaycoa y hermanas reivindica para Bolívar el derecho de que no se siga hablando de su sequedad de corazón, ni de su falta de amor a las mujeres. Repito que Bolívar era un sensitivo, un romántico, si se quiere. Serviez, que lo conoció bien, dijo de él: «Bolívar ha recibido de la naturaleza un corazón sensible a los encantos de la belleza. Si amorosos pensamientos distraen a veces su espíritu de la meditación de los negocios públicos, que domina siempre en su alma, serán perdonados, sin duda, por aquellos que tengan en cuenta la influencia que ejerce sobre él el cálido ambiente de su país».

Fernando González tiene razón al decir que no amaba porque no tenía tiempo. Es verdad en gran parte. La mayoría de sus idilios son lances de ocasión en que la carne dominó al espíritu. Tal fué el caso repentino de Manuelita Madroño, cándida paloma que se dejó atrapar de mil amores por «el hombre más poderoso de la América del Sur»; y el de la otra Manuelita, a la que algunos años después aplicó lo que por vez primera dijo a Carmencita Garaycoa: «la amable Loca».

Agreguemos, pues, a la lista de las amadas de Bolívar: Teresa Toro, Fanny de Villars, Luisa Crober, Teresa Aristeguieta, Isabel Soublette, la incógnita de Manzoni, Pepa Núñez o Josefita Madrid, Anita Lenoit, Manuelita Madroño y Manolita Sáenz, el nombre dulce y claro de la Gloriosa; de Carmencita Garaycoa.

Simón Latino

Fragmentos del notable libro Mi Simón Bolívar...

(*Viene de la página 373.*)

para abandonar las intrigas de Bogotá. Al pensar en su fin, se me destemplan los dientes.

¡Cuán fácil medir al General Páez! Cuando en 1825 le escribió a Bolívar ofreciéndole una corona, le decía: «Aquí no se puede *montar* una república» ¡MONTAR! Era el hombre inocente de la caballería llanera. Yo tengo una gran debilidad por el general Páez. Era como un niño!

Toda Nueva Granada es Santander y toda Venezuela es Páez...!

———

Los pueblos suramericanos han dañado el idioma español, pues los adjetivos, como las rameras, ya no tienen valor. Gente sin medida, gente falsa, gente impúdica. Se necesitan maestros de escuela que frenen a los niños. El Libertador tenía esta preocupación: creaba escuelas en sus rápidas andanzas; la experiencia educacionista con Simón Rodríguez, en Bolivia, es una de las aventuras más interesantes de la humanidad. Indudablemente, tenía el ideal, la concepción del hombre como una promesa.

———

Vida de ritmo acelerado. Fué una hoguera sin intermitencias. Nació, triunfó y murió.

Luchó contra sus hermanos de ultramar, porque esta tierra era suya, para reclamar la *tiranía activa* de los conquistadores. El prototipo del criollo; encarnó el orgullo del criollo. España venía favoreciendo a los mulatos contra la nobleza americana, contra los nietos de conquistadores.

Para vencer se atrajo a todos con la diplomacia más intensa. Fué su gran labor. Se atrajo llaneros, granadinos y peruanos. En Venezuela luchó con gente indómita: Piar, Mariño, Bermúdez, Páez, Arismendi... Por eso, el período más admirable de su vida es hasta 1819. A Miranda lo despedazaron. Bolívar se hizo temer con el fusilamiento de Piar; se hizo admirar y amar, e hizo nacer el sentimiento de patria, al crear las glorias de Girardot, de Ricaurte y al fundar *La Orden de los Libertadores*. Se convirtió en el dispensador de la gloria. Apenas terminó la lucha, lo devoraron las furias. Los mulatos tomaron en serio la igualdad en el sentido de ser todos presidentes. Por eso lo llamaban tirano.

¿Cómo soportar un emperador, pues hay hombres que son emperadores aun en el destierro?

La realidad no es igualitaria, sino superadora. Estaba atormentado, difamado, él, que *"vivió de la opinión de los hombres"*. Desde 1826 no se oían las voces glorificadoras; no había sino editoriales inmundos de Florentino González, Luis Vargas Tejada... ¡El periodismo suramericano! En Venezuela todos querían mandar, y en la Nueva Granada la hipocresía de los hijos de seminario formaba el periodismo. A nadie se le ha venido encima la realidad de un modo más aplastante. Fué el último conquistador.

¡Qué soledad en este hombre! Su acción a impulsos de la gloria, percibida auditivamente. Pero no tuvo ni un solo amigo; hombres a quienes ascendía.

———

«Con los siglos crecerá vuestra gloria como la sombra al declinar el sol». Este Choquehuanca se equivocó. No es precisamente el tiempo; son los ciudadanos los que forman la gloria de sus héroes.

———

El doctor Gregorio me dijo hoy que Bolívar no peleaba personalmente. Gregorio es un abogado. No puede admirar sino al que da de puñetazos. Me dijo también que había hecho mal en fusilar a Piar. En eso ha consistido el estudio acerca de Bolívar: Cada mulato le ha aplicado sus valores morales, dividiéndolo en virtudes y defectos. Un negro no puede pintar sino negros; un filósofo inglés descubrió que sólo podía conocerse a lo semejante. De suerte que Bolívar es hoy un negro, un mulato o un demócrata bogotano. Nada más. El que aborda un objeto de conocimiento, se ve a sí mismo en él; el universo es un espejo, nos devuelve nuestra imagen. El secreto de la gran venta de las biografías vivas consiste en que los lectores gozan al contemplarse en el grande hombre, en el protagonista.

———

A quien más relajó el sistema nervioso fué a José Miguel Sanz, abogado de corteza cerebral sobreexcitada por los códigos, su tutor, y que se lo llevó de tres años para su casa, porque la angelical doña Concepción Palacios no podía aguantarlo.

Fué un niño impertinente, según las anécdotas que se han conservado. Sanz lo sacaba de paseo, montado en un burro manso. Iba inquieto, aguijando al burro, y le dijo el tutor:

—No se impaciente, que usted no será hombre de a caballo.

—¿Qué es eso?

—Hombre que sabe manejar un caballo.

—¿Cómo podré serlo, montando en este burro?

Las reacciones de este hombre eran enormes. ¿Una derrota? ¡Peor para el enemigo! En eso consiste el orgullo que constituye a los hombres célebres. Con lo del burro sucedió que durante veinte años no se apeó de mulas, caballos y mujeres...

———

Era un hombre solo, sin amigos y sin amores. En verdad, no tuvo *familia*. El que nació para realizar una concepción, se aisla del género humano. La soledad de su alma cuando comprendió, en 1826, que su obra estaba para derrumbarse, es aterradora. Sus noches eran tristes; veía que al envejecer, al perder su *aura*, desaparecía la fuerza que había atraído tántos elementos dispersos. En el *Diario de Bucaramanga* se percibe la gran sequedad de los místicos. (Cópiese).

Se ha dicho que amaba a las mujeres, y no es cierto. Ellas se entregaban al Libertador y él las poseía. Pero ni ellas, ni él, ponían corazón en eso. No tenía tiempo, ni en su alma había espacio, para querer mujeres, amigos o parientes. ¡Esto es claro! Era un nervioso sensual. A un hombre como él, se le teme y se le admira, pero no se le ama. Nos juntamos por amor con nuestros iguales, que coinciden en nuestros deseos, debilidades y pasiones. ¿Bolívar, enamorado de una mujer? Es inverosímil, imposible psíquico. Las deseaba carnalmente. ¿Entregado a la amistad? Nada le sobraba; toda su fuerza nerviosa era para la realización de su obra, para sus ambiciones gloria, de superación. Por eso, *realmente*, que se experimenta en su presencia es admiración, estupefacción. Creo que se *ama* a los altruistas, y a estos héroes se les admira. Dicen que en Bogotá hay muchos abogados que *lo aman;* es porque estos tinterillos son: (no sigo, porque podría ser nombrado para un empleo en Santa Fé y me llevaría el diablo).

Bolívar dijo en 1830, a orillas del Gualí, acostado sobre la grama, al mediodía, de paso para barranquilla, al General Posada Gutiérrez: «Yo estoy aquí porque no quise entregar la República al Colegio de San Bartolomé». De éste y del Colegio del Rosario ha salido, verdaderamente toda la maldad colombiana. El Libertador estaba reposando del calor, en decúbito, a orillas del Gualí ardiente; levantó la cabeza y preguntó: «Mi querido coronel, ¿sabe usted por qué estoy aquí?» ¿Cuáles serían sus meditaciones durante ese reposo? No es difícil reconstruirlas. De esos colegios salieron los señores Santander, Ospina, Azuero, etc. ¿Por qué no cierran esos semilleros de silogismos y de impureza?

Es preciso volver a la obsesión de Simón Rodríguez: formar hombres activos.

———

La hechura de hombres es labor de generaciones. No hay que buscar la grandeza de Bolívar sino en su raza, la española. No en maestros, en libros, en viajes ni en amigos. Nadie influyó en él. Era un español puro, capaz de acción constante y larga en persecución de la gloria, percibida auditivamente.

———

Me he entregado a lo objetivo desde hace días: Leer y leer, cuando todo está en mí. He conseguido envenenarme y odiar al Bolívar literario, al de las estatuas encargadas en el caballo «entero», al hombre vulgar de los veintes de julio, al insoportable hombre del libro *Bolívar por los grandes autores*.

¿Por qué no ven esto los gobiernos de Bogotá, Quito, Lima, Caracas, etc., que encargan Bolívares a Ludwig, a Muller, a Swobada, a Iván Mestrovic? ¡trescientos mil pesos para Iván Mestrovic por un monumento del Libertador! ¿Cómo podrán un yugoeslavo y un judío alemán comprender al héroe del trópico? Todo es un anonadamiento de las fuerzas de Suramérica. ¡Cuán delicado es el psiquismo, oh, mulatos hijos de puta (¹) que encargáis cartas para las amantes...!

No admiro sino la energía vital. Admiro al carnicero vasco que vino a establecerse aquí y me contaba hoy cómo se agarra el cerdo, cómo se le raja, se le hiende y se le cuelga en la carnicería en bellas lonjas. ¿Por qué no importamos gente así, que viva las plantas, el cespedón y las praderas... y abandonamos a los expertos yanquis, transeuntes?

Emil Ludwig escribe por cien mil pesos una vida del Libertador, que un historiógrafo americano le insinúa en París, en mal francés, y nosotros la compraremos y la admiraremos... ¡Qué aniquilamiento de nuestras propias fuerzas!; ¡qué grande ofensa a nuestra vitalidad mental!

———

(¹) «....Si insistes en suprimir expresiones, no publiques el libro. *Yo quiero ser el filósofo que se libra de la mala conciencia.* Mi libro será un *documento* verídicto del hombre que se documenta, o no será nada. Todo eso lo he vivido, y por eso debe quedar. Yo quiero mi patria, pero no amo a sus actuales habitantes. Espero en el futuro *gran mulato*».

(*Carta de Lucas a F. G.*)

El nacimiento de Jesús

=Del libro *The Story of the Bible*, editado por la casa Horace & Liveright, de Nueva York. Traducción de *Hipólito Mattonell* para *Repertorio Americano*.=

...De esta suerte, Herodes, por gracia de las romanas legiones, fue rey de parte de los judíos. Era el año 37 antes de nuestra era, y en el mundo había mucho de malo. Y sucedió, durante el reinado de este Herodes, que María, la esposa de José, el carpintero de Nazareth, dio a luz un hijo a quien su pueblo llamó Joshua y a quien sus vecinos griegos llamaron Jesús...

Herodes era el rey, y era rey malo.

Su trono se levantaba sobre base de asesinato y de perfidia.

Carecía de principios, pero tenía una ambición.

El recuerdo del grande Alejandro estaba vivo en el Asia Occidental.

Lo que un pequeño príncipe macedonio había hecho unos trescientos años antes, un más poderoso rey judío podría repetirlo.

Y así, Herodes jugó su juego de cálculo frío y brutal, para la mayor gloria de la casa de Antipáter, y nada le importaban ni Dios ni el hombre, excepto sólo aquel Gobernador romano por cuya merced le era permitido sentarse en su nefario trono.

Mil años antes, un despotismo así hubiera pasado sin réplica.

Pero el mundo había cambiado en mucho, y lo había de saber, por experiencia propia, el propio Herodes antes de la hora de su miserable muerte.

Los romanos habían establecido una paz definitiva en las tierras que rodean el mar Mediterráneo. Al mismo tiempo, los griegos habían explorado las ignotas vastedades del alma y habían procurado llegar a una conclusión lógica respecto de la naturaleza del Bien y del Mal...

Bajo la influencia de estas nuevas doctrinas, los antiguos dioses griegos y romanos iban rápidamente perdiendo su dominio sobre las masas.

Las clases superiores fueron las primeras en desertar los antiguos templos.

Hombres como César y Pompeyo cumplían con las formas prescritas para la adoración de Júpiter, pero consideraban la historia del Tonante Poderoso entronizado sobre las altas nubes del Olimpo, como cuento de pura fantasía capaz de ser creído sólo por los niños y por las mechedumbres no educadas de los suburbios del otro lado del Tiber. Que quienes se habían acostumbrado a usar sus sesos creyesen tales fábulas, era inconsebible.

Por supuesto, sociedad ninguna la han formado sólo gente de inteligencia y pensadora. Desde los comienzos de su historia Roma estaba llena de familias que le sacaban ganancias a las guerras. Como capital del mundo que había sido por más de trescientos años, había atraído la bizarra sociedad internacional que inevitablemente gravita hacia ciudades como París, Londres y New York, donde el éxito social es relativamente fácil, y donde no se acostumbra hacer preguntas embarazosas sobre el pasado de las personas.

La conquista de muchas tierras nuevas en Europa y en el Asia Occidental había convertido a incontables romanos pobres en ricos latifundistas.

Sus hijos y sus hijas vivían de las rentas de las haciendas paternas e inflaban las filas de la sociedad brillante que tomaba la religión como novedad de última moda. Las doctrinas sencillas y sin ostentación de los epicúreos y estoicos (para no hablar de los monomaniacos que nunca se bañaban, como Diógenes que insistía, para su mayor comodidad, en vivir dentro de un barril), no les atraían. Anhelaban algo más pintoresco y quizás no tan serio. Algo que halagase a la imaginación sin perturbar grandemente las exigencias agradables de la vida cotidiana.

Se les cumplió su deseo. Impostores y visionarios y embaucadores y medicastros de toda parte del mundo, del Egipto y del Asia Menor y de Mesopotamía, acudieron a Roma y, a cambio de cierta remuneración pecunaria, predicaban caminos cortos a la felicidad y a la salvación del alma, con lo que en nuestros días de gran ilustración hubieran hecho millones.

A sus merolicadas espirituales les dieron el nombre elevado de "misterios".

Sabían que la mayoría de los hombres (y la mayoría de las mujeres) se deleitan estupendamente con ser dueños de algún secreto que no estén obligados a compartir con sus vecinos.

Un estoico decía sin ambajes que sus reglas de vida podrían hacer felices y contentos y virtuosos a todos en el mundo, a ricos y a pobres, a blancos, a amarillos y a negros.

Los sagaces poseedores de la sabiduría invisible sobre la que se basaban los maravillosos misterios orientales, jamás cometieron semejante error.

Eran exclusivistas.

Su clientela la formaban grupos pequeños, y vendían cara su mercancía.

No predicaban bajo las altas arcadas del Cielo, que era lugar de entrada libre. Se retiraban a pequeños salones mal iluminados, llenos del olor del incienso y adornados con cuadros extraños. Allí representaban sus ritos de engañifa con los que nunca deja de impresionarse el educado a medias...

Durante largo tiempo tuvieron grande éxito. La competencia en misterios fue tan ávida casi, como la que existe entre los adivinos y profesores de horóscopos en nuestras urbes de hoy. De repente el negocio fracasó. El público se cansó de esta novedad, y su indiferencia

(Pasa a la página 379)



La Virgen y el Niño con San José y un ángel

De *Filippino Lippi*

Hendrik Willem Van Loon

= *Envío del autor* =

Autor de *La Historia de la Humanidad*, de *La Historia de la Biblia* (o más propiamente de lo que llamamos *Historia Sagrada*), de un libro sobre *Los Estados Unidos* (a los que, conforme es costumbre norteamericana, llama *América*), de una interesante reseña sobre los triunfos humanos en el campo de la ciencia, desde los primeros descubrimientos, que llama *El hombre, hacedor de milagros*, y, finalmente, este año, de una obra acerca de *Rembrandt*, Hendrik Willem Van Loon es una de las más importante figuras literarias y artísticas de Norteamérica. Ilustra él mismo sus libros con dibujos a tinta, los que a veces colora, de gran imaginación y sencillez: imaginación de niño y sencillez pueril con las que logra efectos sorprendentes de espacio y de movimiento, de masa y de acción. Su estilo literario concuerda con su instinto de dibujante: En pocas frases libres de todo rebuscamiento, dichas sin ampulosidad, escuetas más bien, sabe trazar toda una época y relatar una tragedia. A primera vista ello parece ejercicio poco diestro. Pero el efecto que logra es inolvidable. Y así ha podido tratar los asuntos más escabrosos, más sutiles, más cuajados, en el curso de los siglos, de incomprensibilidad, o más llenos de misterio, con admirables claridad y soltura. Aunque parece escribir sólo para niños, en su país adoptivo, pues nació en Holanda, la popularidad que tiene entre los adultos es inmensa. Es cierto que la mentalidad mediana de la población mayor de 21 años de los Estados Unidos es, según afirman norteamericanos que se han dedicado a los *tests* correspondientes, la de un mancebo normal de 12 a 14 años...

Para los latinoamericanos, amenazados por el imperialismo yanqui, Van Loon, sea cual fuere su mérito literario (y no es escaso), tiene de simpático el ser anti-imperialista decidido. Varias veces ha lanzado su protesta contra la errada política norteamericana respecto de los pueblos nuestros. Famoso es su cartón, publicado en *The Nation* de Nueva York, con motivo del insultante vuelo de buena voluntad de Lindberg a la América Central en días en los que aviones de guerra norteamericanos destruían, con saña inolvidable, vidas y haciendas en Nicaragua. A estos ciudadanos de los Estados Unidos como Van Loon los debemos conocer. Con ellos es posible juntarnos y querernos. Ellos encarnan la esperanza del mundo: que la nación más poderosa de la tierra emplee su inmensa fuerza para el bien que no para el mal.

De su *Historia de la Biblia*, publicada por primera vez en 1923, escribió antes de darla a sus editores:

(Pasa a la página 379)

Canciones de Navidad

= *Envío de la autora* =

La posada

Viento soplaba del norte,
gemidor entre las ramas
de los viejos sicomoros
y robles de la montaña;
la luna no aparecía;
oscuro el camino estaba:

noche de invierno, sin luna,
¡noche de buscar posada!

Burriquito, burriquito,
el de las orejas largas,
en el lomo desmedrado,
en las desmedradas ancas,
a la doncella más linda
lleva que jamás llevara:

iba la doncella triste,
la doncella iba cansada.

Quince abriles de su frente
eran quince rosas blancas;
los luceros de sus ojos
entre lágrimas brillaban;
en el invierno del mundo
su cuerpo es nieve sin mancha:

bendita entre las mujeres,
era la llena de gracia.

Por milagro la doncella
iba a ser madre, y temblaba.
Hoja de álamo no tiembla,
plata y verde, verde y plata,
como tiembla la doncella—
¡que el tiempo se le acercaba!—

temerosa de que el Niño
naciera en campiña rasa.

Le hablaba el esposo bueno,
el que jamás la tocara,
escogido por Dios mismo
para servirla y guardarla,
el de la vara de nardo,
el de lirios en las barbas,

bien oiréis lo que decía
con dulcísimas palabras:

"No se aflija mi Señora,
no llore la Niña casta,
vida de la vida mía
más alma mía que mi alma;
antes de la media noche
bajo techo he de acostarla,

y el Sol que alumbre la Vida
ha de brillar en su cama".




Ilustración de *Herman Rosse* para la edición de *The Canterbury Tales* de Chaucer, traducidos por Frank Ernest Hill al inglés moderno, publicada por la casa Longmans, Green & Co., de Nueva York. 1930.

Al pueblo fueron llegando,
al pueblo, de casa en casa;
por las calles sin faroles
y por las puertas cerradas
en vano se detenían
y dando voces llamaban:

no chirrió gozne por ellos,
ni destrabaron aldaba.

Del pueblo se fueron yendo,
del pueblo, por calle larga,
y al fin de la calle encuentran,
cuando ya se desmayaba
la doncella, abrigo tibio,
humildísimo, de pajas,—

la cueva que era el establo
de buey manso y mula mansa.

Brilló una estrella en Oriente,—
reyes magos la miraban.
Cometa de inmensa cola
deslumbrante, arcoirisada,
alumbró la oscura noche,—
los pastores lo miraban.

Lloran pastores y reyes:
¡de alegría son sus lágrimas!

¡Nochebuena de Belén,
coros de ángeles que cantan!
Torrentes de luz celeste
la humilde cueva inundaban.
¡Qué rosa que está la Virgen,
como una rosa en su rama!

Y entre la mula y el buey,
nacido el Rey de las almas.

¡Nochebuena, Nochebuena,
noche de buscar posada;
de buscarla y de pedirla
y de alegría de darla!
Mi niño duerme en su cuna.
Mi puerta está sin aldaba.

¡Quiera Dios en sus mendigos
bendecir esta mi casa!

El Nacimiento

Por *F. di Lorenzo*

Letrilla

La madre doncella
como flor se abrió:
niño le nació
a la Niña bella.
A Dios, que ha nacido
por nos rescatar,
le habéis de encontrar
en pajas dormido
como que si fuera
así, desnudito,
sólo un pobrecito
hijo de cualquiera.
No había una almohada,
ni un pañal había;
la Virgen María
lloraba angustiada:

Ojos hace el cielo
todas sus estrellas
por mirar con ellas
a Dios en el suelo.

¡Quién le hubiera hecho
la almohada más suave
del plumón que el ave
esponja en el pecho!
Lino, ¿no te da
vergüenza ser lino
si el Niño Divino
desnudito está?
Tu lana, cordero,
di, ¿para quién es?
¡Yo, para sus pies,
esa lana quiero!
Dime, ¿no te queda
la hebrilla más fina
para su cortina,
gusano de seda?

Ojos hace el cielo
todas sus estrellas
por mirar con ellas
a Dios en el suelo.

Con amante voz
le dice María:
"Luz de mi alegría,
mi niño y mi Dios,
lindo Jesusito,
¿sientes mucho frío?
Ven, tesoro mío,
ven acá, mi hijito:

sonría mi encanto,
deje de llorar,
póngase a mamar
mientras yo le canto:
¡Sol de media noche,
olivo en guirnalda,
florecita gualda
de fragante broche,
ojos hace el cielo
todas sus estrellas
por mirar con ellas
a Dios en el suelo!"

Llegan los pastores
que el lucero vieron;
vieron y trajeron
regalos de flores,
quesos y natillas
y miel de colmena,
¡tánta cosa buena
y dulce y sencilla!
"Zagala preciosa,
¡qué hermoso tu niño!
Negro es el armiño
y oscura la rosa
si están a su lado.
¡Qué linda carita!
¡qué boca chiquita!
¡qué pelo dorado!
Ojos hace el cielo
todas sus estrellas
por mirar con ellas
a Dios en el suelo."

De pueblos lejanos
los Magos de Oriente
traen un presente
cada uno en las manos.
Moreno es Melchor,
negro Baltasar,
y el joven Gaspar
de rubia color.
Largo fue el camino,
el astro los guiaba,
y en Belén estaba
el Niño Divino.
Los reyes, que brillan,
adoran al Rey,
acatan Su ley
y la frente humillan,
y ojos hace el cielo
todas sus estrellas
por mirar con ellas
a Dios en el suelo.

Claudia Lars

San José de Costa Rica,
Diciembre de 1930.

Persiflage

Pegaso vuelve a su antiguo oficio

=*Colaboración directa*=

Al licenciado don **Alfonso Reyes**, Embajador de los Estados Unidos Mejicanos en el Brasil, a quien conozco por sus bellas obras de erudición curiosa, de crítica burlona, y de aguda observación, y de quien desearía conocer los versos.

El sol, símbolo de la vida, ha sido también símbolo de la muerte; y Pegaso, héroe equino del mito del sol, tuvo su primer empleo, antes de que lo jinetearan los poetas, como acarreador de ánimas. Ahora ha vuelto a su antiguo oficio.

En Egipto, la barca de Ra, la divinidad solar, hacía la travesía de los océanos siderales con pasaje de luminosos espíritus. Los maniqueos en el Oriente conservaron esa idea. Los griegos, en cambio, creyeron que la morada de esos muertos era en las Islas Venturosas, en el extremo occidental del vasto mar. Para los romanos, menos visionarios que los griegos, tales islas eran la luna y el sol. El Estigio se convirtió, así, en río aéreo; Caronte, señor de los vientos, ayudaba a las almas de los héroes a escender, y sólo los perversos y los mezquinos eran arrebatados por las potencias del otro mundo subterráneo.

En las tumbas etruscas se representa con frecuencia a un hombre a caballo. Es el alma viajera en viaje sin retorno. Más tarde, los romanos, influidos por la idea que hemos dicho, pusieron alas a esa cabalgadura para significar, más que velocidad, su vuelo al sol. Y pues Apolo era el dios de la Poesía a la vez que deidad solar, resultó natural que los poetas les arrebataran a las almas el alado corcel.

Conocido su origen, Pegaso se vuelve siniestro: tuerce repentinamente el rumbo de su vuelo ideal y, abandonando el camino derecho, corre hacia la izquierda. ¡Guay cuando lo monta quien no es diestro! Que no es su rumbo siempre hacia el Parnaso: a los más, los lleva al reino del olvido.

¡Qué chasco descomunal el de éstos últimos! Atrevidos todos, algunos hasta ágiles, de un salto, o a como den lugar las circunstancias, montan el potro inmortal y se elevan, se elevan, se elevan, hasta alcanzar alturas desde las que los mortales más tímidos o más prudentes parecemos animaculillos, moscos, mirmidones, microbios. Y siguen elevándose. Nuestro criterio llega a ser cosa tan lejana de ellos, que poco les importa. Y de repente, ¡catapún!, nos dejan caer un libro.

De repente, digo, el divino corcel corcovea y da en tierra con el jinete pretensioso.

—¡Con que ésta es la alta doble cumbre de Apolo y de las Musas! exclama el desdichado.

Y no; que no es Parnaso adonde el pretendiente a vate ha aterrizado, sino la región de la que es imposible regresar.

Tal he pensado al concluir la lectura de incontables volúmenes de versos de los que a diario (son millares al año) se publican. Con una migaja menos de caridad diría los nombres de los poetas. Pero se hace innecesario. Quienquiera puede hacer su lista propia. En ella habrá quizás uno que otro Papa; su manojo de obispos; su piara de "bohemios", y, de seguro, sus diplomáticos. Los que no faltarán serán los que además de poetas se crean profesores de gramática, o de literatura, o de filosofía.

Esos léanme, y *rásquense en paz*, que es como un curita risueño que había, hace años y años, en Escasú, lugar abundante en pulgas, hipopulgas y pulgapótamos, traducía el *R. I. P.* de la misa de muertos.

Y una cosa es curiosa. Casi no hay verso de esos poetas a quienes Pegaso se lleva y no al Parnaso, que no haga recordar, especialmente cuando se les lee con el gran cariño con que yo los leo, algo *que fue* poesía. La experiencia es a veces macabra. Se siente uno en medio de un mundo dantesco de poesías muertas. "¡Yo fui canción viva en los versos de Silva!" grita una estrofa. "¡Yo fui música en los versos de Darío!" gime otra. "¡Y yo en los de Gutiérrez Nájera!" "¡Y yo en los de Amado Nervo!" "¡Y yo en una tonada callejera!" "¡Y yo!" "¡Y yo!" "¡Y yo!" Las que más lástima dan son aquellas que no hablan nuestro idioma. Una que en chino afirma haber sido bellísima, hace siglos, se duele del estupro en ella cometido por un bardo cualquiera por mediación de traductor francés. "*¡Me lobalon la honla*", se lamenta la cancioncita china, "*y me molí!*" Y ayes semejantes a ése elevan incontables versos franceses, italianos, ingleses, alemanes...

Los poetas que digo generalmente tienen facilidad asombrosa para coger los metros, pero se les escapa la música, de los buenos versos que violan. Modelan su estilo imitando los de otros, y eso es la negación de todo estilo. Como cuando se oye un trozo sinfónico tocado por un pianista. "Sí," decís, "es el primer movimiento de la Quinta Sinfonía de Beethoven", y no hay tal: que es remedo, en piano, de la música viva: así, la poesía de los poetas de quienes hablo, es remedo. ¡Y los hay que para remedar no es piano de lo que se valen, sino que fruncen los labios y sueltan a chiflar!

Correctos, muy correctos, son las más de las veces estos poetas. Tan correctos y tan sin originalidad como las levitas de los aurigas de coche fúnebre. Tan pulcros y tan chatos como pechera de traje de etiqueta. Hasta los más íntimos de sus versos, los que sentís que quisieron que llegaran al alma, hablarle sólo al corazón, hasta ésos logran el ideal inglés del caballero: no llaman la atención en lo mínimo. Al leerme, su propia conciencia les dirá que a ellos me refiero. Y se sorprenderán profundamente de oírmelo, pero les pasa lo que a M. Jourdain. Han creído que hacían poesía, mas he aquí que, sin ellos darse cuenta, nunca han dejado de hacer prosa. Así les juega burla el caballo de Apolo; que con los dioses ni los animales de los dioses, no se juega.

Lo que no quita que tengan admiradores. Y muchos. Y sinceros. ¡Si lo difícil ha sido siempre que el poeta verdadero halle quién lo admire! Los certámenes en que triunfan son numerosos como las arenas del mar. Con el ruido que arman en diversos climas esos triunfos, hay para ensordecer los himnos que tomadas de las manos cantan las estrellas. Ahora, con motivo del Centenario bolivariano, y con los premios a ganar en México, en Colombia, en El Salvador, y dónde no, qué regocijados no estarán esos poetas! Y a la par de los poetas, los oradores ¡Ay, los oradores! ¡Los oradores bolivarianos! ¡Los oradores poetas! ¡Los poetas oradores! ¡Y los que ni siquiera eso son! En el aplauso hallan la gloria. Y del aplauso pueden decir devotamente:

In la sua voluntade é nostra pace.

Pero al Parnaso no llegarán jamás. ¡Ni que fuera tan bruto Pegaso!...

Persiles

Heredia, diciembre, 1930.

fue el resultado de ciertos cambios externos que ocurrían en el Imperio.

Generalmente, la felicidad de las gentes está en razón inversa a su riqueza. Cuando enriquecen y prosperan más allá de cierto límite, les pierden gusto a los placeres sencillos sin los que la vida es una senda larga de aburrimientos que viene del nacer y va al morir.

El Imperio de Roma ha sido quizás el mejor ejemplo de este axioma histórico. Para un número cada vez mayor de romanos, la existencia se volvió una carga. Habían comido demasiado y bebido demasiado y gozado demasiado, y ya no podían hallar satisfacción alguna en las normales experiencias humanas.

Pedían solución de sus problemas, y nadie les respondía.

Los dioses antiguos estaban mudos.

Los repartidores de la nueva Verdad nada respondían.

Los sabios doctores de los cultos de Isis y de Mithras y de Baco, nada pudieron responder.

La desesperanza se cernió sobre el mundo.

Y entonces fue cuando nació Jesús.

Era el cuarto año antes de nuestra era.

En la falda de una colina que daba a un quieto valle de Galilea, se alzaba el pueblecillo de Nazareth.

Allí vivía el carpintero José, con María su esposa.

No eran ni ricos ni pobres.

Eran como todos sus vecinos.

Trabajaban con tesón y les decían a sus hijos que el mundo esperaba algo de ellos, porque sus padres descendían del Rey David, tataranieto que había sido de la dulce Ruth cuya historia la conocían bien todos los niños judíos.

El nacimiento de Jesús...

(Viene de la página 376)

José era hombre sencillo, que nunca había salido de su patria chica; María sí había pasado una temporada larga en la gran ciudad de Jerusalén.

Ello había sido cuando aún estaba desposada con José.

María tenía una prima, llamada Isabel, casada con un Zacarías, sacerdote del servicio del Templo.

Zacarías e Isabel eran viejos los dos, y les entristecía no haber tenido hijos.

Pero he aquí que un día María tuvo noticias de Isabel. Iba a haber un niño en la familia, y, ¿podría María ir a asistir a su parienta?, porque había mucho que hacer e Isabel necesitaba cuidados.

María fue a Yuttah, el barrio de Jerusalén donde vivía su gente, y se estuvo allí hasta que su sobrino Juan quedó acostadito en su cuna.

Regresó a Nazareth, donde debía casar con José.

Antes de mucho tiempo tuvo que hacer otro viaje.

En la lejana Jerusalén Herodes seguía reinando.

Pero sus días estaban contados y su poderío menguaba.

En Roma, más distante aún que Jerusalén, César Augusto había tomado las riendas del gobierno y convertido la R... blica en Imperio.

Los imperios cuestan dinero, que les toca a los súbditos pagar.

Por tanto, el todopoderoso César había decretado que todos sus amados hijos, del Este y del Oeste, del Norte y del Sur, debían inscribir sus nombres en determinados registros oficiales, para que en adelante los recaudadores de impuestos supieran quiénes habían pagado su cuota exacta y quiénes no.

Ciertamente, tanto Judea como Galilea eran nominalmente partes de un reino independiente. Pero tratándose de impuestos, los romanos eran dados a estirar los puntos de la ley, y por todos los ámbitos de su dominio se proclamó la orden de que en determinado día toda persona estuviese en el lugar de donde era originaria su familia o su tribu.

José, descendiente de David, tuvo por ello que viajar a Belén, con su esposa fiel, María.

El viaje no era fácil. El camino era largo y su travesía pesada.

Y cuando por fin José y María llegaron a Belén, quienes habían llegado antes que ellos habían tomado todas las habitaciones disponibles.

La noche era fría, muy fría.

Unas gentes bondadosas se apiadaron de la esposa niña.

Le arreglaron cama en el rincón de un viejo establo.

Y allí nació Jesús, mientras afuera, en los campos, los pastores guardaban su ganado que no se los robasen los ladrones ni se los comiesen los lobos, y preguntábanse en sus almas cuándo vendría el Mesías desde hacía mucho anunciado que libertara su país de los amos extranjeros...

Hendrik van Loon

Hendrik Willem Van Loon...

(Viene de la página 376)

"Para mí es una obra inquietante. Diré la verdad: no deja de darme miedo. No hay razón tangible para que sea así, pero así es... El libro no hace más que contar una historia como yo personalmente, sin meterme en controversias, quisiera contársela a mis hijos. Ni más ni menos.

Y en el prefacio del libro, dirigido a sus hijos Hensje y Willem, dice:

Queridos muchachos: Esta es la historia que la Biblia relata. La he escrito porque creo que ustedes deben conocerla mejor que como la conocen, y para ello no sabía qué libro recomendarles. Por supuesto que pude haberles dicho que leyesen la Biblia misma, pero quién sabe si hubieran seguido mi consejo...

...Y es imposible ser de véras culto si se ignora esta historia. Además, en el curso de sus vidas, más de alguna vez tendrán necesidad de la sabiduría que estas viejas crónicas encierran...

El Nuevo Testamento tiene una sola figura central. Cuenta la historia de un sencillo carpintero joven de Nazareth que nada le pidió a la vida y que le dio todo a la vida. Puede ser que haya historias más interesantes que la de Jesús, pero en ese caso, yo nunca las he leído ni oído...

HIPOLITO MATTONELL

Nueva York, 1930.

Todo monólogo es, por naturaleza, «descabellado». Gracias al diálogo el alma de los otros penetra intersticialmente en la nuestra, así el peine en el remolino de la cabellera en desorden. Penetra y, con desenmarañarla, la adecenta.

2.—El segundo mandamiento de la sencillez es la Risa. Purga la risa a la mente, y tal vez al cuerpo, de hinchazones y de tiesuras. Ablanda aquella rigidez, que anunciaba la inminente mineralización. Y como de lo que se trata es de huir del Mineral—lo más complicado, si bien se mira—y acercarse al Angel—si bien se mira, lo más sencillo—, cuanto aligere nuestro sér y lo propicie al vuelo debe ser mirado y buscado como un factor divino.

Conviene decir, por añadidura, que risa acrecienta discreción. Afirmaba un estadista español muy ingenioso, que todos los hombres nacen con la misma cantidad de broma en el cuerpo. Pero si unos la sacan fuera y la aplican a asuntos placenteros, ingrávidos y apacibles, y éstos son los sanos y normales, otros se la guardan y, a su pesar, la broma se les filtra a

Mensaje de un buen europeo...

(Viene de la primera página)

cosas que debieran ser íntegramente serias. Y de estos últimos hay que huir.

¡Gloria a la risa que descabalga! Este señor se daba tono. Andaba a caballo a nuestra vera... Pero ya se rió. Ya se ha desmontado. Ahora andará honradamente a pie el resto del camino.

3.—A pie, a pie conviene ir. En todo. En los paseos, en los oficios, en el amor, en el estudio. En el estudio, sobre todo. Unico modo de evitar que el saber, con envanecer, desvanezca.

Euclides, según la leyenda, presentaba un día a Tolomeo Sotero el rollo o volumen que contenía sus *Elementos* inmortales: «¿No hay—le preguntaba el Monarca, tras de pasar los ojos, un poco abrumado por la cadena de principios y demostraciones, tan clara y económica, sin embargo, tan bien ordenada y sencilla—, no hay un camino menos fatigoso para aprender la Geometría?» ¿No, poderoso señor—contestaba el sabio—. No hay en matemáticas una carrera para los Reyes»

4.—Entre dos explicaciones, elige la más clara. Entre dos formas, la más elemental. Entre dos palabras, la más breve.

5.—Nada de *robinsonear*. No estamos en una isla desierta, sino en una ciudad—dentro de otra ciudad que es la Cultura—dentro de otra, a su vez, que es la Historia.

Levantamos los párpados y vemos inmediatamente compañía. Tendemos el meñique, y tocamos colaboración. Abrimos la boca, y respiramos tradición.

6.—Te apoyarás en tus prejuicios como en el primer peldaño de una escalera. Acaso más tarde descanses en ellos como en un alto belvedere. Joubert escribió: «Mis descubrimientos (y cada cual realiza los suyos) me han devuelto a mis prejuicios.»

Sólo a precio de no querer empezar podrás librarte de seguir. Mucho se ha hablado contra los rebaños de carneros. Pero, ¡qué decir de las desbandadas de carneros!

¿Y qué ganarás, si eres carnero, con ser un

...ero original? No habrá para ti más originalidad posible que la miserable de tener cinco patas.

7.—La miseria siempre es patética, contorsionada, sobrecargada... No seas miserable.

Pero no seas tampoco demasiado rico. Antes pasará un camello por el ojo de una aguja que un rico entre las columnas dóricas que sostienen el templo de la Sencillez.

Hay que evitar, sobre todo, el «prosperar»; por lo menos, el prosperar demasiado de prisa. Hacienda limitada, heredada y quieta es la más apta para llegar a maestría en el arte de ser sencillo. Prospera, si acaso, de tal modo, que el incremento de tus disposiciones preceda, en armonía casi ajustada, al incremento de tus necesidades. Ni respecto a lo que ayer eras conviene que hoy puedas llamarte a ti mismo «nuevo rico». Sólo a fuerza de años en una posición, te moverás dentro de ella con desembarazo.

Y luego, que tu trabajo sea púdico. Sudar una fatiga en público significa siempre un acto de cinismo.

8.—*Ne quid nimis.* La exquisita sobriedad en todo.

Ni de la nobleza conviene abusar. Sé antiguo. No seas demasiado antiguo. Remontarse al siglo XV, ¡qué bien! A las Cruzadas, tanto mejor. Pero si eres antediluviano, siempre tendrás algo de mastodonte.

Lo mismo cabe decir de otras complicaciones. Un triángulo, un cuadrado, cosa perfecta. Un pentágono está muy bien. Un exágono, un octágono, pasen aún. Pero lo mejor que se puede hacer, cuando uno empieza a volverse dodecágono, es inscribirse en un círculo.

Y lo peor, perder la cabeza... Pero también resulta bastante malo perder pie.

9.—El noveno mandamiento de la Sencillez ordena no abusar de la llamada «vida interior». No está el daño en tenerla, una vida interior. El daño está en sentirla. El pecado, en cultivarla.

Quita, quita vida interior. Siempre te quedará demasiada. ¿No ves lo que ocurre con la salud del cuerpo? Quien ve perfectamente, no siente el existir de sus ojos, no se acuerda de ellos. El hombre perfectamente sano no sabría, sino por referencia, que tiene pulmones, hígado o corazón.

Así en lo espiritual, alma perfectamente sana sería la que, al sobrevenir la hora de la muerte y dejar el cuerpo, se quedase completamente sorprendida al ver que era inmortal.

10.—Haz por llegar a viejo, candidato a la Sencillez. La Sencillez acabada exige tiempo, para estar de vuelta de muchas complicaciones.

Estos diez mandamientos di un día como norma al plantel de la nueva España que está creciendo en la Residencia de Estudiantes de Madrid. Hoy los llevo a un ancho continente... Por lo menos—aunque presumo que también a la otra parte convendría—, a la parte de este continente que habla la lengua de mi madre con las mismas cadencias que ella.

Eugenio d'Ors

Estampas

= Colaboración directa =

Al irse el año...

Al irse el año, cuando no sabemos si esta voz que nuestra devoción por una patria de libertad pura y noble ha sostenido inquieta sobre el panorama de los sucesos nacionales, podrá en los días venideros intensificar o siquiera conservar su tono, es importante volver el pensamiento a lo que se ha realizado. ¿Cuál es el negocio de mayor importancia que el país deja sin resolver? En medio de tantos, la electricidad nacionalizada constituye para nosotros un negocio de importancia vital. Acechándolo, rodeándolo de todos los quebrantos posibles, aparece un poder formidable, de nombre y nacionalidad yanqui, *The Electric Bond and Share Co.* No nos hacemos ilusiones. La ley que nacionalizó la electricidad y sus medios de producción no tienen virtud para contener la voracidad de ese poder arrojado sobre nuestra América por los hombres que en el Norte quieren los estruendos de un Imperio La *Electric Bond and Share Co.*, cuenta para reducir a Costa Rica al cautiverio de su monopolio, con el factor tiempo y con el factor hombre. Sabe que vivimos de espasmos y deja que pasen, agazapada, dándole largas a todo, trayendo hoy un personero y mañana otro que deshaga lo que el anterior hizo y prometió. Sabe que somos veleidosos, y en nuestras debilidades tiene puesto su triunfo. Se dice que nada importa que la ley de nacionalización tenga amparadores, porque ella los reducirá poco a poco hasta hacerlos desaparecer.

No hay en nuestras reflexiones ni fantasía ni pesimismo. Son observación pura. ¡Qué numerosa legión levanta aquí toda compañía de grandes recursos que quiera desacreditar una ley previsora o dar una que le entregue atado al país! Personajes y personillas acuden a formar y a dar la batalla. En unos y en otros pone su estímulo el salario. Y ese espectáculo inmundo por el mal incalculable que le hace al decoro y dignidad de la nación, también lo veremos en torno a la ley de nacionalización de la electricidad. ¿Y es justo que los hombres de estas generaciones enfermen la libertad de las venideras? La electricidad se persigue limpia del control que la esclaviza a fines menguados, para que las necesidades de otras vidas que se agitarán vehementes o serenas cuando ya nos pudramos en la sepultura, no agonicen en un mundo agresivo y maldito.

Busquemos en los propios Estados Unidos el núcleo de hombres que no han sucumbido al poder de las compañías monopolizadoras de la electricidad. ¿Qué piden ellos para su país? Sencillamente electricidad bajo el dominio y propiedad del gobierno y los municipios, es decir, electricidad nacionalizada. Con visión clara hablan a su nación y como el problema es el mismo allá que aquí, en mucho coinciden con ellos los que entre nosotros se encaran honradamente a la realidad. La ventaja que aquellos hombres tienen sobre las aspiraciones de los nuestros, es que son constantes, no cesan de presentar sus puntos de vista honrados. Para nosotros, con la ley se dió solución al problema y la confianza puede ya hacernos descender de nuestros puestos de vigía... El norteamericano está atento siempre contra las acechanzas. Acabamos de leer lo que el senador George W. Norris ha escrito acerca del control que debe ejercer su nación sobre la electricidad. Es de gran importancia dar a conocer algunos párrafos de su admirable artículo publicado en el *New York Times* del 30 de noviembre recién pasado.

El senador Norris lucha contra las mismas fuerzas que aquí lo tienen todo preparado para reducirnos al monopolio explotador y esclavizante. No es un improvisado y su experiencia debe conocerse. «Por algunos años—escribe—he estado diciendo que uno de los mayores acontecimientos que tiene por delante el pueblo norteamericano para darle solución, es la generación, trasmisión y distribución de la electricidad. Entramos en la edad de la electricidad. La energía eléctrica en una forma o en otra se

ha convertido en una parte de nuestra civilización... Este elemento natural no debe ser utilizado por las corporaciones privadas para provecho privado.» Combate lo que llama ingenuidad científica, es decir, las habilidades de los personajes que las compañías alquilan para su defensa, para que pregonen que el monopolio es beneficioso porque abarata la electricidad. Los monopolios nos hacen esclavos. «Estaremos sujetos,—dice— a la voluntad y al deseo, al capricho y a la extravagancia del monopolio, la magnitud del cual no deja que la imaginación lo abarque.»

Hay en las páginas del senador Norris esta imprecación terrible: «Cuando el mundo marcha por esta senda de progreso y promueve la felicidad de la humanidad, estamos ahora afrontando la cuestión de si marcharemos hacia atrás o si damos un empuje fuerte hacia adelante. Si llegara ese tiempo en que la humanidad se encontrare encadenada a la tierra por un monopolio privado, los hijos de entonces se levantarían a maldecir nuestra memoria por no haberlos salvado del eslabón de la esclavitud. Veremos el tiempo en que todo torrente que desciende de los montes promoverá la felicidad de la humanidad o será usado por el monopolio privado como una cadena para atar a los hombres a la esclavitud. Estamos frente a una cuestión que envuelve la determinación de si vamos a sumarnos a ese monopolio y a darle oportunidad de que ate a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos practicamente a una forma de esclavitud.»

¿Acaso nosotros no podemos decir igual cosa? El problema es, al terminar el año, el mismo que en los Estados Unidos. El monopolio está armado de todo su poder y así entra en la nueva era. Y con nuestra indiferencia seremos vencidos. No basta haber señalado el camino si no ocupamos el puesto de lucha y de vigilancia que nos corresponde, que corresponde a todo costarricense que anhele para las generaciones de lo porvenir una vida limpia de esclavitud. La electricidad esclavizará o libertará a los hombres que nos sucedan. De nosotros dependerá que abran sus ojos a un mundo esclavizado o libre. Lavémonos la costra que cubre nuestros oídos y percibamos por todas partes el rumor que denuncia la red que se forma, que forma la *Electric Bond And Share Co.* contra las leyes de nacionalización de la electricidad. Veamos en esas dilatorias dadas a la obligación que los impele a ceñirse a la ley, recursos para ganar terreno y preparar el escalamiento.

Pero no despertemos cuando el punta pie nos recuerde que hemos entregado bienes que no nos pertenecían, que teníamos en resguardo para hacer digna y decorosa la vida de puestros hijos y de los hijos de nuestros hijos. Démonos bien cuenta de que la *Electric Bond And Share Co.* es monstruosa y tiene sitiada a Costa Rica, ocupados sus puestos de avance por criollos a quienes ha puesto a rumiar honorarios crecidos. No nos hagamos ilusiones. En la defensa de la electricidad apenas hemos iniciado la lucha contra un monopolio que en los mismos Estados Unidos ven como una maldición sus espíritus honrados. No nos engañemos con la idea de que hemos delegado la defensa de la electricidad nacionalizada. Es tan grande el mal contra quien se lucha que la defensa no puede delegarse. Cada uno de nosotros tiene que estar de pie, alentando, mostrando un interés profundo por desterrar de esta lucha la traición del criollo, que es la más corriente y la más funesta. Sin fé en la fuerza que seamos capaces de sacarnos de la entraña misma para conservar libre la electricidad, tendremos que esclavizar las generaciones venideras. Y este paso no podremos darlo sino por cobardía, por maldad, por degeneración.

Cuando pensamos en que el año se va hacemos recuento de los negocios que el país deja sin resolver y encontramos sobresalido entre todos este de la electricidad nacionalizada. Nos llena de pena ver la indiferencia con que el costarricense lo mira. Quisiéramos llevar al corazón de todos la alarma que nos hiciera vigilantes. Si no acudimos a la defensa, la *Electric Bond And Share Co.* impondrá su vasallaje repugnante. Y sobre todo debemos vigilar al criollo puesto al servicio de esa compañía. No lo dejemos moverse sin que sienta quemante la mirada de nuestros ojos. El criollo es funesto cuando recibe honorarios crecidos y es ambicioso y quiere mando. Busquémoslo en otros países y lo veremos como una maldición sobre los hombres. No permitamos que a nosotros nos cubra esa sarna. Hagámonos dignos de que las generaciones de lo porvenir nos recuerden sin maldecirnos. Cuidémosles su electricidad a despecho del criollo que lucha por entregarla, por hacerla cadena de esclavitud.

Pero sobre todo, démonos cuenta de que este negocio de la electricidad nacionalizada, que es decir libre de monopolio extranjero que la persigue como medio de esclavitud, es uno de los negocios realmente de importancia vital para la vida libre de Costa Rica.

Juan del Camino

Cartago y diciembre del 30.

Bibliografía titular

(Registro, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

En la buena labor prosigue la Editorial Cenit, Madrid.

Estas son sus ediciones recientes:

Codine, por Panait Istrati. Trad. de Manuel Pumareja. Madrid. 1930.

Víctor Serge: *Los hombres en la cárcel*. Prólogo de Panait Istrati. Trad. de Manuel Pumareja. Madrid. 1930.

De la colección «Visiones políticas y sociales».

Miguel Cholokhov: *Sobre el don apacible*. (Novela). Traducción de Vicente S., Medina y José Carbó. Madrid. 1930.

La poetisa uruguaya *Raquel Sáenz* ha publicado, en cuarta edición, el libro de poemas titulado:

La almohada de los Sueños. Montevideo. 1930.

Un libro interesante, ahora que tantos se fijan en el ex-Presidente Irigoyen:

El último caudillo, por Carlos Sánchez Viamonte. Diario El País, Editor. Córdoba. 1930.

Solicítese la obra a las sucursales de El Ateneo en Córdoba. Rep. Argentina.

De los autores:

Antonio Aita (Yerbal 2855. Buenos Aires. R. A.):

Algunos aspectos de la Literatura Argentina.

Edición de Nosotros. Buenos Aires. 1930.

J. Luis Vega B. (Santa Ana, El Salvador):

Alcores del Queztal. Santa Ana. El Salvador. 1930.

Nicolas Fusco Sansone (Mercedes, 1480. Montevideo):

Preguntas a las cabezas sin reposo. Montevideo MCMXXX.

Leante: *Metafísica científica*. Nuevos conceptos filosóficos acerca de la Naturaleza y el Hombre. 1929. Matanzas, Cuba.

Seguimos leyendo *La grande Argentina* de Lugones.

En la pág. 59 señalamos estos renglones, para meditarlos en un país de zonas palúdicas como Costa Rica:

Las enfermedades consuntivas (1) engendran, sobre todo, el pesimismo, el alcoholismo y la superstición en que el enfermo busca a un tiempo la explicación de la ciencia impotente, la reacción artificial de su vigor y el consuelo de su miseria. Un niño palúdico, y los hay a millares que ven la luz ya enfermos por transmisión prenatal, será un alumno inepto y egoísta. La intermitencia febril engendra la desigualdad del carácter. La epilepsia suele ser una consecuencia de las tifoideas mal curadas. Los afectados de anquilostomiasis, solo reaccionan bajo los estímulos brutales de la política o del alcohol.

(1) El paludismo, la anquilostomiasis, p. e.

Montaigne se hace discípulo de Séneca y se entusiasma con todos los grandes sentimientos que dictaron las *Cartas a Lucilio*. Cita de *Pierre Villey*.

Evoquemos a este propósito el nombre de Spinoza, cuyo gran tratado de Metafísica se titula, sin embargo, un poco arbitrariamente, *Etica*. Cita de *Eugenio d'Ors*.

...la famosa *Apología de Raimundo Sabunde*, que es quizá, de todos sus ensayos (1), el que más amplia influencia ha ejercido. *Cita de Pierre Villey*.

(1) Ensayos de Montaigne.

Los días han pasado. Ya hemos leído el cuaderno de Carlos Jinesta: *Tierra y Espíritu*, 56 pgns., 38 piezas. Señalamos: *El vaquero*. Hay otras, cinco más.

Otro cuaderno, Jinesta? Ojalá! Pero (un parecer propio) lo quisiéramos con más *tierra* y menos *espíritu*. Más *tierra*, en este caso: más sabiduría popular, más virilidad, más emoción de campo, algo escueto y sobrio, más paisaje auténtico, más diálogo, menos descripción. Menos *espíritu*, en este caso: menos reminiscencias de lecturas, menos moraleja, menos retórica. ¡Entonces sí que saldría muy bien el empeño! Porque madera hay, y los propósitos del autor son loables.

Le ha nacido a Colombia un excelente escritor humorista: Fernando González, autor de *Viaje a pie* y de otros libros. Ahora nos llega el último:

Mi Simón Bolívar. Vol. I Lucas Ochoa. Editorial Cervantes. Manizales, Colombia.

Lo estamos leyendo con interés. Ya lo hemos venido extractando.

Canción de Nochebuena

=Envío del autor=

Yo fui pastorcillo
en Belén:
la luz de la Estrella me enseñó el camino
y, lleno de gracia y de fe,
llegué con incienso y con mirra
y al Niño Rosado le besé los pies.

Yo fui pastorcillo
en Belén:
mi pífano
fue
el más inspirado del coro
que cantaba las glorias del Rey.

Yo fui el pastorcillo-poeta
que estuvo mejor esa noche en Belén.

II

¡Villancicos alegres de Pascua!
¡Campanas con lenguas de miel!
¡Nacimientos: paisajes azules
de aquel sueño que fue mi niñez,
cuando estaban mi vida y mi alma
más sanas que el vaho del buey!

¡Oh tiempos! ¡Oh tiempos! ¡Oh tiempos
en que fui pastorcillo en Belén!

III

Inquietudes, quimeras, locuras,
lanzáronme al mundo después.
Ya no fui el pastorcillo inocente,
no vi más a la mula y el buey,
y no tuve en el cielo la Estrella
que guiara en el suelo mis pies...

¡El camino es tan duro y oscuro,
que en las zarzas quedóse mi fe!

IV

¡Nochebuena! ¡Cohetes y pitos!
Amplias mesas de largo mantel.
Al calor del hogar, las parejas
por los sueños se dejan mecer...

—¡Dejad esas dos copas vacías!
He llegado muy tarde, ya véis:
no está aquí la Mujer adorada
y traigo sangrando los pies.

Esta noche me siento muy triste:
ya no soy partorcillo en Belén,
hace tiempo apagóse la Estrella
y en las zarzas quedóse mi fe.

(¡Pero aun tengo en las manos el pífano
y rosas coronan mi sien!
¡Y es la Estrella en el fondo de mi alma
el recuerdo de aquella Mujer!)

A. ORTEGA DIAZ

Nicaragua.

INDICE
DEL TOMO XXI
AUTORES Y ASUNTOS

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica